

ANDALUCÍA MITICA (V) / ALMAYATE



Los eremitas alucinados

En la época de las primeras persecuciones de los paganos en Andalucía la colina del pueblo malagueño de Almayate se llenó de rezadores hacia dentro y de poetas del hambre

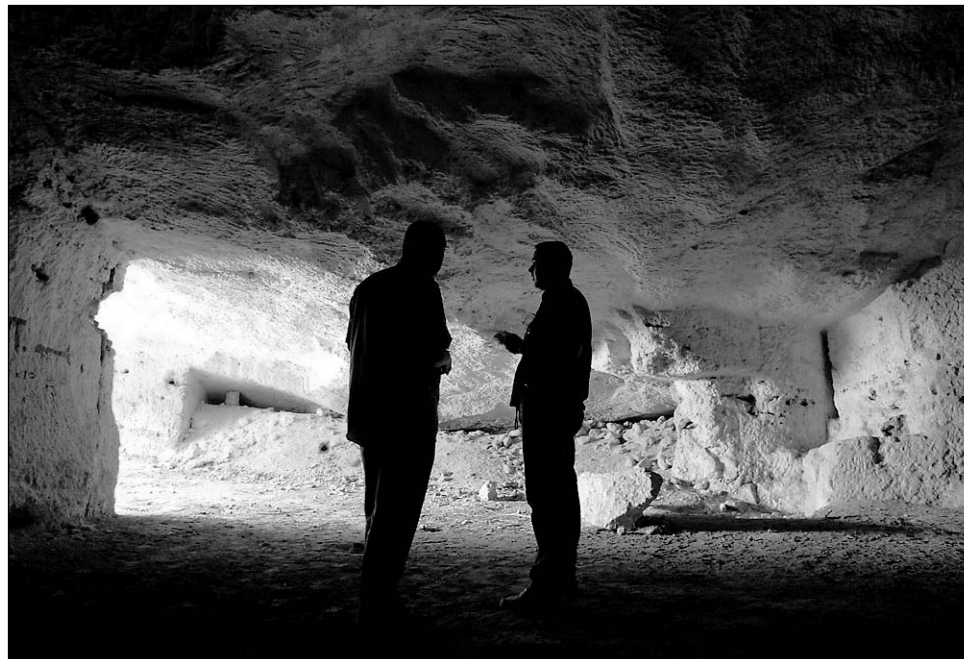
LUIS MIGUEL FUENTES

ALMAYATE.— El Mediterráneo verde dejó allí los montes hechos de conchas, sostenidos por caracoles, una arena como compuesta por dientes, la vajilla muy rota de lo pequeño y de lo vivo. Excavar una cueva como con un muñón, rezar allí, levitar por el hambre o por el misterio, debía de ser como la religión dentro de un gran cangrejo que te va digiriendo. Los eremitas en cuclillas, comerse una piedra o comerse el pie o no comer nada, delirar por el silencio que sabe a bebedizo, buscar a Dios o a uno mismo vaciándose o soñando que te despedazan. Dicen algunos todavía que el lugar está vivo, pero ya no queda nada de los eremitas, sólo la piedra y sus mordiscos, y una sensación como de un aceite que quedó en el lugar por el roce de los rezos, las mortificaciones y la levedad eterna de sus escudillas o sus esqueletos, que es como la sensación de que se mueven allí misteriosamente unas cortinas que no hay. Ya no quedan eremitas, sólo se recuerda a un inglés loco, levemente femenino, que dicen que vivió hasta hace un par de años en las cuevas, y que de vez en cuando saltaba la tapia de los cortijos para robar lujuriosamente un tomate o una lata de sardinas; un inglés que a lo mejor era sueco, último barbudo asustadizo del lugar, puede que formado a partir de la condensación de espíritus de emparedados y de la sombra húmeda y fétida de las oquedades.

El Mediterráneo verde está allí, apenas bajando la colina, saltando un castillo musulmán, unas tomateras y la playa de arena negra en la que se tuestan o pacen esos guiris de paseo marítimo de la Costa del Sol, que hacen unas vacaciones como de compartir todos el mismo bidé. Cerca de Torre del Mar, en el término de Vélez-Málaga, en el último lengüetazo ante la costa de la Axarquía, está Almayate, pueblo o barriada de pescadores como hortelanos o de hortelanos como pescadores que tiene su ciudad fenicia enterrada como media Andalucía, pues los fenicios son aquí los abuelos de todo, y que tiene también el conjunto eremítico rupestre más importante de Andalucía sin que lo sepan sus vecinos pacíficos y ciclistas.

En la época de las primeras persecuciones de los paganos en Andalucía la colina se llenó de rezadores hacia dentro y de poetas del hambre. Iban a retar al demonio flaco que vive en la carne y en el pensamiento, y allí estuvieron, olvidándose del mundo, reconcentrados en su respiración, hasta que llegaron los musulmanes. Dicen que los ermitaños siguieron las reglas de San Benito, que eran verdaderos monjes un poco en taparrabos, que se mortificaban con paciencia y que las alucinaciones que les producían la soledad y las laceraciones les hacía ver al Espíritu Santo reptando por las cuevas como una salamandra.

Algunos decidieron vivir siempre de pie, pues creían que había un Dios dedicado a esas pequeñas cosas, un Dios de los entumecimientos



Dos visitantes conversan en el interior de una de las cuevas de Almayate. / REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

que perdonaba los pecados o no según la postura. Era una manera de llegar a la mística por el vértigo y el cuerpo ahilado, las alucinaciones, sobre todo las que producía la celda tapiada de la macrocueva que ya fue un templo precristiano, y que parece una chimenea para hombres donde sólo se pudiera vivir ahorcado. Quizá aquello era ya visitar el Infierno como Santa Teresa y darse cuenta de que de verdad era como

Dicen algunos todavía que el lugar está vivo, pero ya no queda nada de los eremitas, sólo la piedra y sus mordiscos

si te metieran en un sitio en que no cabías. Quizá la religiosidad nunca se pareció tanto a la locura.

El tiempo ha cortado a tajo la colina y algunas de las cuevas se ven desde fuera, como un hormiguero con cristal o esas láminas de los estómagos de los rumiantes. «Esos eran huecos cerrados, grutas comunicadas que eran las habitaciones de los monjes, porque cada uno dormía en una cueva», cuenta Juan Martín, funcionario de Patrimonio que asciende por la colina acompañado del crujido de las chicharras, que son como las castañuelas del sofoco. «Da calor sólo escucharlas, ¿eh?». Para acceder a la colina de los eremitas hay que buscar huecos en el alambrado porque el Ayuntamiento de Vélez ha cercado todo para limpiar el pasado, adecentar

la magia y ponerle quizá un museo. Aquel monte que se puede escarbar con una cuchara no sólo guarda el complejo eremítico como un cofrecito con espíritus, sino lo que fue luego una cantera de la que también se extrajeron catedrales, igual que en la Sierra de San Cristóbal, pues parece que el suelo de Andalucía se ha prestado siempre para enladrillar lo sagrado.

«Aquí se sacaba piedra para la catedral de Málaga. Esto era una cantera abierta, al aire libre, pero luego se introdujo en la montaña y se fue excavando interiormente, formando galerías. Aunque la calidad no era muy buena, era la piedra más cercana y más barata. Luego, cuando la piedra ya fue muy mala, se abandonó esto, y por eso la catedral se quedó sin terminar».

Ahora, por allí no recuerdan a más eremitas que a Chanquete, que quizá era como un monje con acordeón; el barco de Chanquete, cercano en Nerja, que en la zona quizá es una metáfora de vivir del verano, cuando todo se fue reconvirtiendo al turismo y los hortelanos se reciclaban de camareros. «Aquí ya todo es el verano, aunque la autovía le ha quitado a esto mucho paso —dicen por el bar—. Pero en Almayate hay mucha gente que todavía vive del campo». Los huertos con tomates a la orilla del mar, verde frutal contra el verde derretido del Mediterráneo. El hombre del campo es quizá el último ermitaño de nuestros tiempos. Los otros ermitaños antiguos, convertidos ya en caliza y en crustáceos, parecen acompañarlos desde arriba, desde el monte con agujeros, desde las cuevas con espíritus largamente encadenados.

Mañana, Lucena. 'La perla de Sefarad'

Las cuevas, origen de todo

Las cuevas de los antiguos eremitas y las que fue dejando la cantera parecen hacer una hermandad subterránea de lo misterioso y lo oscuro, como si se enlazaran pesadamente las falanges de lo religioso a través de los siglos. Siempre hay que regresar a las cuevas como el origen de todo, lo estamos viendo en esta serie episodio tras episodio. Las cuevas que fueron abriendo las canteras, allí donde vivió el inglés loco con la picha fuera o con amigos roedores, huelen a charco pisado y a iglesia de lobos.

Es diferente el aire de las grutas de los monjes, como el que hubiera en una vasija viva o en la antesala de una pirámide. «Aquí parece que vivía el abate mayor», cuenta Juan Martín, funcionario de Patrimonio, y la pequeña gruta, con una pared caída por el tiempo, es un candil para dormir y una cajita de huesos con los huesos perdidos o robados.

Aquellos recovecos donde Dios se revelaba mareado los aprovecharon luego los canteros para almacenar cereal o aceite, para unos hornos con el pan como cocido sobre una lápida, los canteros que dejaban cruces como firma en los sillares de la montaña, y que no se sabe si se encontraban de noche con los espectros flagelados de los monjes, cruzándose saludos de colegas flacos de la piedra, el tiempo y el cristianismo.

Del poblado de los canteros permanece en la montaña una ermita que parece dinamitada y simbólica, como esos cristos que quedan en pie después de un bombardeo, una ermita a la que se le han volado los santos por el techo que no hay y donde el altar vacío ha quedado incongruente, rajado y flotante como los cuartos de baño de los edificios derrumbados sólo a medias. En aquella ermita hizo la Primera Comunión Mari, que ahora cocina en el bar que lleva con su marido Manolo, la venta La Tiendecilla, junto a la carretera, yendo ya hacia Torre del Mar. Es una venta donde aparcan hormigoneras, donde los hombres comen un bocadillo de tortilla después de un enfoscado y un Fray Leopoldo de Alpandire azul parece cansado de rezarle al 'gingerale'. «En la ermita hizo la Primera Comunión, sí. Hace 45 años, todavía había gente allí. Es que en las casas de los canteros vivieron luego veraneantes, jueces, curas, médicos —recuerda Manolo, que luego añade un toque de misterio—: En las canteras hay huecos que todavía no se han descubierto, e incluso cuentan que había un pasadizo que llegaba de las canteras al castillo».